

Pablo Auladell

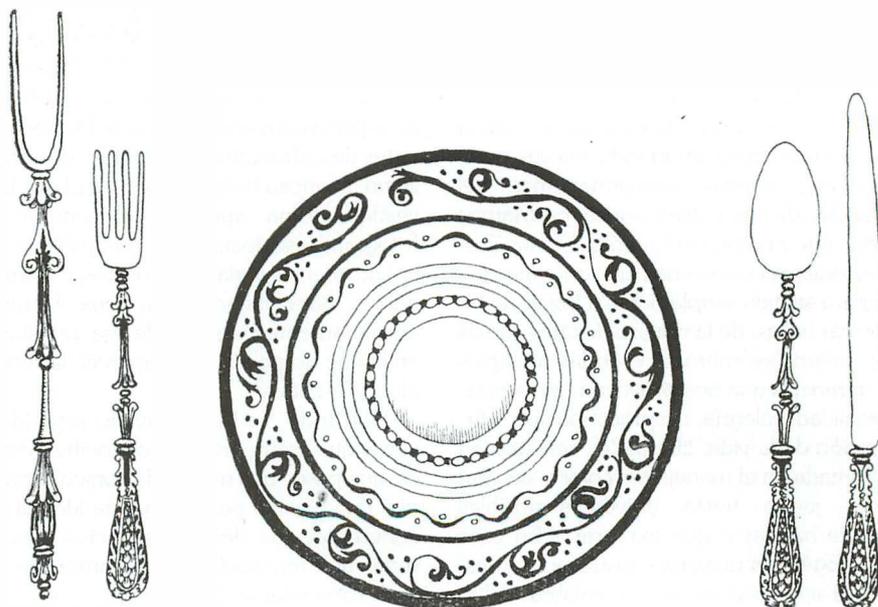
Desde *El camino del titiritero* (Edicions de Ponent) hasta *El despertar de Heisenberg* (El jinete Azul), Auladell viene desarrollando un trabajo en el que se disuelven los contrarios, se avanza por los territorios de lo no dicho y lo no visto y se da testimonio de esa realidad que trasciende nuestro día a día y que muchos temen vislumbrar.
Su blog: <http://pabloauladell.blogspot.com>

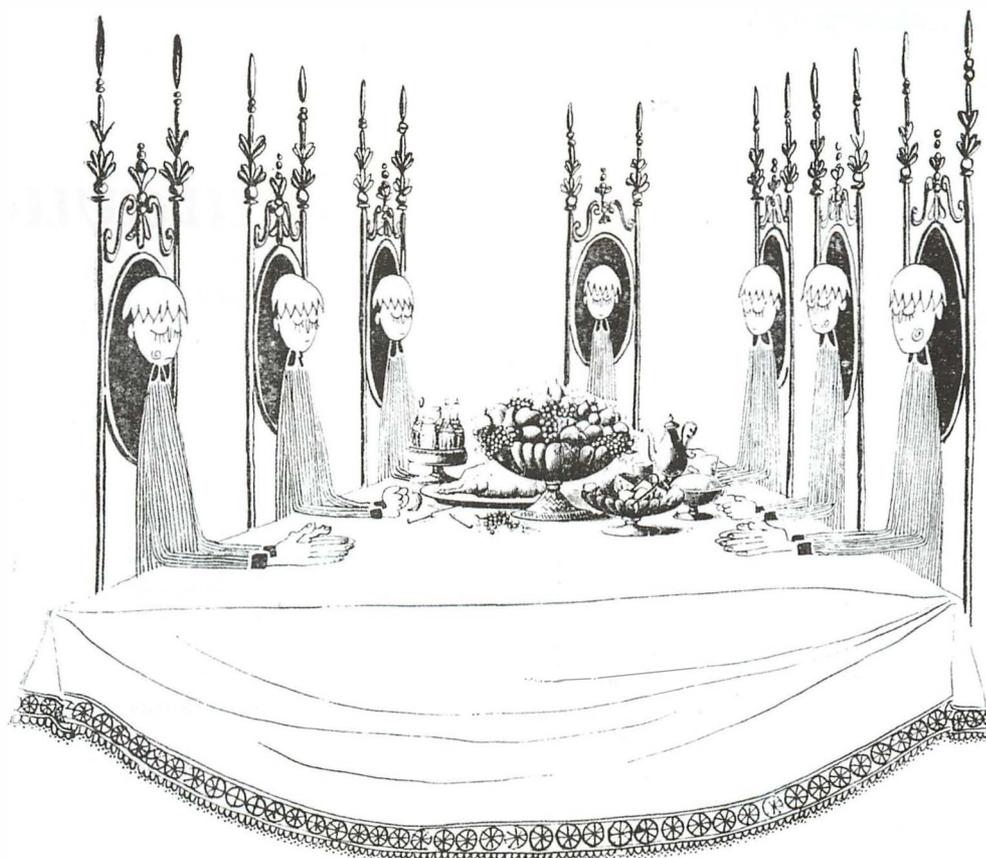
La luz y un huevo frito

Jesús Cuadrado, cuando nos encontrábamos hace años en algún sarao, si salía Calatayud en la conversación, le llamaba "nuestro gran Calata" y, luego, nos instruía un poco sobre la importancia de su obra en la ilustración y la historieta de las últimas décadas, una lección breve y esclarecedora para aquellos muchachos de Alicante que querían ser dibujantes de cómic, firmaban como la Taberna del Nñu Azul y se habían trabajado con ilusión e ingenuidad suicida un fanzine, o sea, nosotros, Pedro, Miguel Ángel y yo.

Calatayud se convirtió enseguida en nuestro principal valedor, y sabemos que nos defendió y reclamó atención para nosotros en el yermo de aquellos años en que a ninguna editorial se le pasaba por la cabeza publicar a un autor español y, menos aún, si era novel; y menos aún si hacía historieta de autor, "intima", "muy personal", como decían ellos, los muy carbonos.

Quiere decirse que pronto nos dimos cuenta de que Miguel Calatayud, además de un fabuloso dibujante, era un tipo generoso, noble y accesible. La cual cosa daría lo mismo si su obra, como queda dicho, es deslumbrante. (Cómo aborrezco esa frasecita de "fulanito es un gran autor, pero, si cabe, aún es mejor persona". A mí no me importaría ser un desalmado con tal de hacer unas obras extraordinarias. Como dijo Gide, con buenos sentimientos sólo se escriben malas novelas. En fin, apuntado queda.) Con el tiempo, a Calatayud, le he ido tratando más y he coincidido con él en charlas, festivales, salones y restaurantes. Fauno pícaro, mirada de mar pero sonrisa de hombre de tierra adentro. Tiene la elegancia de los sencillos y la verdad honesta y tangible del montebajo y los bancales. Es todo él como un aristócrata de almendros y parras. Da siempre la misma conferencia, pero nunca me canso de escucharle, hipnotizado,





Ilustraciones de Miguel Calatayud y Manuel Boix para *Vida juvenil* de Luis Boix (Madrid: Doncel, 1967)

como se escucha a esos pastores en el monte cuando te cuentan el secreto de una ortiga o te muestran un viejo silo de piedra escondido y abandonado. Utiliza desde hace años los mismos materiales y los mismos principios para realizar sus obras, pero, como le dijo Carlos Ortín hace poco: "Miguel, es que tú eres el más moderno de todos nosotros".

Miguel Calatayud, como quien no quiere la cosa, se cena, lo mismo que todos los que estamos en la mesa, unas gambitas en gabardina, unos montaditos de mojama, verdura a la plancha, croquetas de bacalao y pescadito frito, que hoy vamos de picoteo, pero, cuando terminamos, busca con la mirada a algún compinche y le propone que si se piden unos huevos fritos con patatas para redondear el tema.

Umbral contaba que, cuando conoció a Jorge Guillén, se quedó muy asombrado al ver que llevaba unos calcetines marrones bastante horribles. ¿Cómo podía el creador de tanta luz llevar aquellos calcetines? También yo me he preguntado a veces cómo Calatayud, el prestidigitador de la línea clara, el creador de aguadas cristalinas, el dibujante de lo prístino y retratista del número puede alimentarse de algo tan prosaico, un huevo frito después de una copiosa cena. ¿No sería más lógico

o, por lo menos, más lírico que tomara un pedazo de pan blanco monacal y una jarrita de barro con agua? ¿O que se nutriera, como el caballero elegante y un poco descreído que asoma en sus trazos, de algún plato delicado y muy bien presentado, de alguna ambrosía sutil?

He estado en la exposición antológica que le han hecho en el MUVIM de Valencia. La exposición reúne la casi totalidad de su obra. Recorrerla es, sencillamente, abrumador. En medio de la sala, sentí ese vértigo, esa náusea que le sobreviene a uno en presencia de la belleza incontestable, del frenesí gráfico. Miguel no es, como yo pensaba, tan ordenado y pulcro, ni tampoco frío, como podría percibirse en una primera lectura de sus imágenes, sino que, más bien, es ojival, barroco, desmesurado, caótico y luminoso como la vidriera de una iglesia mediterránea donde se estuviera celebrando una misa profana. Porque antes que nada, me parece ahora que Calatayud es un grandísimo lúdico. Contemplar su exposición es comprender de pronto que este hombre no ha hecho otra cosa más que jugar, jugar a ordenar y dar un lenguaje preciso a la abundancia, jugar a domar el azar de la acuarela, jugar a hacer suntuosa la pureza de la línea. Toda esa montuosidad de dibujos sólo puede haber sido hecha en largos años de

no atender a otra cosa más que a jugar con una plumilla inglesa, un papel Caballo y unas acuarelas. Le oí decir hace tiempo a Labordeta que escuchar a Mozart le alegraba el corazón. Creo que algo así sentí la otra mañana en la exposición de Miguel, un júbilo galopando dulcemente en el pecho.

De modo que ahora lo entiendo todo mejor. Este señor se cena por las noches una yema de sol, no puede irse a dormir sin rebañar con el pan, gozosamente, esa luz ambarina; Calatayud se mete así, entre pecho y espalda, el crepitar tostado de algunas tardes de fiesta en la costa, las risas de los niños por las terrazas de Altea y el grito de las gaviotas sobre el Benacantil. Un huevo frito. Solo con ese alimento uno puede dibujar luego un mosaico de arlequines de languidez engañosa, fuegos artificiales, palmeras, bandoleros, multitudes tomando el sol en la cubierta de un yate, árboles que se van a recorrer mundo y aves delicadas que en otra vida fueron bufones de Jaume I. Sólo con ese alimento, ahora lo sé, uno puede dar luego esa luz en sus dibujos, una luz igualmente lúdica, como de zumo de naranja.

Esta noche me voy a cenar un par de huevos fritos. ◀